

## ORIENTALES.

COLECCION DE POESÍAS TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL ARÁBIGO EN VERSO CASTELLANO, POR D. PEDRO LAHITTE RICARD, CATEDRÁTICO SUSTITUTO DE LENGUA ÁRABE EN LA UNIVERSIDAD DE GRANADA.

Ya sea por nuestra proverbial pereza, ya por la falta de estímulo, lo cierto es que el estudio de la lengua del Yemen, así como el de todas las lenguas orientales, ha sido hasta ahora muy descuidado en España. Imposible parece que un idioma, en el cual se han escrito tantos documentos importantes al conocimiento de nuestra historia, y tantos libros de poesía y de filosofía, gloria de nuestro suelo, donde nacieron sus autores, haya sido tan generalmente ignorado. Apenas si en el largo catálogo de nuestros innumerables literatos se cuentan algunos célebres arabistas. Los pocos que se cuentan no alcanzan una reputación tan bien asentada, que escritores como Dozy y otros orientalistas extranjeros no nos hagan dudar un poco de su saber.

Bien es verdad que esta clase de estudios arábigos tiene la peculiar calidad de estar más sujeta á opiniones que otras clases de estudios. Los profanos, los que no sabemos una palabra de árabe, no podemos menos de pasmarnos de la inseguridad y de las cuestiones de los que saben, ó dicen que saben dicho idioma. A veces llegan las cuestiones á tal extremo, y son tales los sendos cargos de ignorancia que los arabistas se dirigen, que siente el profano cierta inclinación á dudar, no sólo de la ciencia arábica, sino hasta del idioma de los árabes, tomándole, como ahora se dice, por un *mytho*. Hemos visto, por ejemplo, disputar á dos famosos catedráticos, durante muchos meses, y escribir folletos y disertaciones, sobre si, en un pasaje de veinte ó treinta líneas, contenido en un libro árabe, se describe la batalla de Ourique ó la batalla del Guadalete. Cada uno de los contrincantes, cansados ambos de disputar, se ha quedado en sus trece. No creemos que haya arte, ni ciencia, ni disciplina, por oscura y opinable que sea, que dé ocasion á una polémica por el estilo. Es como si dos maestros de latin disputasen y escribiesen largos tratados sobre un pasaje de Cornelio Nepote, donde sostuviese el uno que se contaba la vida de Hamilcar y el otro de Milciades.

En otras lenguas semíticas aparece que reina la misma incertidumbre. Un sábio en la hebraica nos ha sostenido que en los primeros capítulos de la Biblia (texto hebreo) no se mienta el Eden. Hemos aprendido los caracteres hebraicos; hemos leído y releído los primeros capítulos del Génesis, y hemos hallado la palabra

*Eden.* No sabemos si dar crédito al sábio ó á nuestros ojos.

En suma, en las cuestiones sobre las lenguas semíticas hay aún mucho de tenebroso é incierto, al menos en España. No se ha de extrañar, por lo tanto, que digan unos que proviene del árabe nuestra poesía popular, nuestro romancero, y que sostengan otros, por el contrario, que en árabe no hubo jamás nada parecido á nuestros romances, y que la poesía arábica, en vez de ser popular, tiene todos los caractéres de culta, erudita y artificiosa. Algunos añaden que los romances moriscos primitivos, que nuestros antiguos autores fingían traducidos del árabe, son originales, y que si en árabe hay algun romance, es traducido ó imitado del habla de Castilla.

Entre tantas contradicciones, el profano no sabe á qué atenerse, y se limita á aguardar con paciencia que las tinieblas se disipen. A ello va contribuyendo en gran manera el impulso dado á este linaje de estudios por el erudito y discreto orientalista D. Pascual Gayangos.

En varias universidades y colegios de España tenemos ya catedráticos de árabe, de los cuales se ha de creer que saben dicho idioma. Empiezan asimismo á darse á la estampa libros que ilustran nuestra historia y nuestras artes y ciencias, los cuales se deben al conocimiento de un idioma tan difícil y tan rico, que hay quien asegure que cuenta doce millones de vocablos; mil palabras para decir camello, segun lo que el camello está haciendo cuando se le nombra, y otras mil para

decir espada, segun tambien lo que con la espada se hace; cosa que verdaderamente pone grima y quita la gana de engolfarse en semejante *mare magnum*. Mas á pesar de todo, repetimos que en España van floreciendo estos estudios, y que dan claro y honroso testimonio de ello las obras del mencionado Gayangos, algunos trabajos del Sr. Estébanez Calderon, y las más recientes publicaciones de los Sres. Simonet, Malo de Molina y D. Emilio Lafuente.

Casi todos ó todos estos trabajos son, no obstante, sobre historia política ó sobre inscripciones. Sobre la filosofia de los árabes, que tanto floreció en España y cuyo conocimiento importa en alto grado á la historia de la filosofia de la Edad Media, poco ó nada se ha escrito ó dicho entre nosotros, salvo las lecciones que empezó á dar en el Ateneo el Sr. Moreno Nieto. Y sobre la poesía, apenas si conocemos por Casiri la vida y el nombre de algunos poetas árabes españoles, y algunas poesías por las traducciones que Conde inserta en su *Historia*.

Se publicó tambien en Paris, por los años de 1833, una coleccion de poesías árabes, persas y turcas, traducidas por el conde de Noroña, mas no directamente del original, sino, á lo que afirman las personas entendidas en el asunto, de la lengua inglesa. Precede á esta traduccion del conde de Noroña, una del *Discurso sobre la poesia de los orientales*, del célebre W. Jones.

El conde de Noroña no inserta en su coleccion una sola obrilla de los muchos poetas que en España ha habido: y el discurso que traduce de W. Jones es suma-

mente conciso y no da la menor noticia de la poesía nacional de la España mahometana. Sólo contiene vagos elogios de la poesía arábiga primitiva, que, según parece, vale más que la posterior al islam. Cita W. Jones la colección llamada *Moallacat* ó poemas suspensos, de los cuales se conservan siete. Eran estos poemas los que salían premiados en un certámen que se celebraba anualmente en un sitio llamado Okhadh, y se decían suspensos y también dorados, porque se escribían con letras de oro sobre seda de Persia, y eran suspendidos, para eterna memoria, á la entrada del antiguo y famoso templo de la Caaba, en la Meca. También habla W. Jones del *Hamasa* y de otras colecciones.

Pero quienes han dado á conocer mejor en Europa la poesía de los árabes, han sido, á nuestro entender, los alemanes, cuya lengua por ser tan flexible se presta á traducir de cualquiera otra con la mayor fidelidad y conservando el espíritu poético, y cuyo afán de investigación y amor y constancia en el trabajo los hacen capaces de profundizar cualquier asunto literario ó científico en que se ocupan.

Entre los orientalistas alemanes que se han empleado en dar á conocer la poesía arábiga, merece sin duda el primer lugar Rückert, traductor del *Hamasa* ó *Valentía*, cantos épicos-líricos, en la mayor parte anteriores á Mahoma, que reunió el erudito Abu Temmam, en la primera mitad del siglo ix. También tradujo lindamente en alemán y publicó Rückert, en 1844, en la ciudad de Stuttgart, las *Makamas* de Hariri, que son como leyendas poéticas.

En España, entre tanto, donde, según aseguran los doctos, ha habido muchos y muy excelentes poetas árabes, apenas si hasta el Sr. Ricard ha habido quien traduzca un solo poema arábigo del original al castellano. No es de admirar, pues, que nos llame la atención esta novedad, y que consagremos al opúsculo del señor Ricard un artículo. Su traducción, como él mismo dice en el breve prólogo que le ha puesto, está hecha sobre la antología de poesías árabes que Kosegarten ha recopilado al fin de su *Chrestomathia arabica*. Consta la colección de cuarenta y nueve composiciones, y no parece que sea ni una sola de ellas de autor nacido en España.

Los profanos nos quedamos aún con el deseo de conocer por sus obras á los egregios poetas árabes que florecieron en España, y singularmente en Córdoba, en tiempo de los califas. Los profanos tenemos que dar crédito al no menos egregio poeta cordobés, duque de Rivas, cuando nos dice que Jusef-Aben-Harun era un Homero, y cuando nos habla con tantos encomios de Alhasan, de Albuquer, de Obada y de la hermosísima Lobna. ¿Es posible que se hayan perdido todas las obras de todos estos señores, ó que los orientalistas no quieran darnos una leve muestra de su mérito, traduciendo un poquito?

Verdad es que, según el Sr. Ricard, que en esto no conviene, como de costumbre, con otros arabistas españoles, y más bien conviene con Dozy, la poesía arábiga es de una *naturaleza erudita y aristocrática*, esto es, que no puede haber dado origen á nuestra poesía

popular. El Sr. Ricard añade, para ponderar los obstáculos, *que se oponen á una version fiel é inteligible de los versos árabes, que el culteranismo, considerado como un defecto en nuestra poesia*, es en la de los árabes una excelencia, una virtud, su mejor adorno. Los primores de la poesia árabe, prosigue, *son á veces tan superiores al alcance del público, que con frecuencia necesitan los mismos autores escribir un comentario á su poesia, comentario indispensable para su inteligencia*. Curiosa virtud y diabólico adorno de poetas y de poesia son estos de los árabes, si hemos de fiarnos del Sr. Ricard. Ni *La Alejandra* de Licofron, ni *Las Solitudes* de Góngora, valdrian nada entre ellos. Por fortuna el Sr. Ricard ha sabido despojar sus traducciones de esa virtud de la oscuridad. Todas ellas se entienden sin comentarios, y bien se puede afirmar que algunas son muy lindas.

Las hay sentenciosas, llenas de moralidad y de filosofía, sobre la templanza, sobre la modestia, sobre la paciencia y sobre la mansedumbre. A pesar del fin didáctico de estas composiciones, la abundancia y la riqueza de las imágenes les prestan cierto lirismo. Otras son descriptivas, pero el poeta, al contemplar y describir el objeto, y movido por las impresiones que de él recibe, evoca sus más íntimos sentimientos y los pinta con notable viveza de expresion. De este género son la poesia *sobre el arrullo de las tórtolas silvestres*, que guarda en sí la melancolia más profunda; la composicion sobre la primavera, rica de un sentimiento voluptuoso, verdaderamente oriental, y otras varias

sobre el aire, el murmullo del agua, las ramas de los árboles, el nenufar, el narciso, la rosa, la violeta, el jazmin, el arrayan, el azahar, la flor del almendro, la flor del granado, y otras flores.

Contiene tambien la coleccion algunas poesías amorosas y en loor del vino, al que suelen ser muy aficionados los poetas musulmanes, á pesar de la prohibicion del Koran. Por desgracia, estos versos al vino tienen, por lo comun, para nosotros, europeos y cristianos, el mismo inconveniente que la segunda Egloga de Virgilio y que los versos de Hafiz y de otros poetas persas. El copero hace generalmente el papel del Batilo de Anacreonte, del Ganimedes de Júpiter y del Antinoo de Adriano.

Tales son, en brevísimo resumen, las poesías árabes que ha traducido el Sr. Ricard. No copiamos aquí ninguna, porque nos parece difícil la eleccion, y no estaria bien dar como muestra la que valiese menos. Por otra parte, nosotros entendemos que de estas cosas, bellas, sí, pero exóticas, no se puede juzgar por un pequeño fragmento; es menester conocer toda una obra y penetrarse del espíritu, y de la forma de poetizar tan peregrina y tan diferente de la de los pueblos de Europa.

Recomendamos, pues, á los curiosos que compren y lean el opúsculo del Sr. Ricard, que está de venta en todas las librerías. Es menester animar al Sr. Ricard, á ver si se decide á traducir las obras de algun buen poeta arábigo-hispano. Seria de desear, si esto hiciese, que al lado de su traduccion en verso, nos diera

otra traduccion literal en prosa, como hizo el Sr. Castillo y Ayensa, con Safo, Tirteo y Anacreonte. Asi comprenderiamos mejor, los que no sabemos la lengua arábiga, la manera de la expresion, los giros y las frases del poeta que el Sr. Ricard traduzca, lo cual es de la mayor importancia para poder juzgar sobre una poesia extranjera. En la traduccion en verso puede haber bellezas que sean del traductor, y asimismo no pocos defectos de prosaismo y ripios, ó palabras inútiles, que al autor no deben atribuirse.

## CUENTOS Y FÁBULAS

DE D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH. TOMOS I Y II.

---

La atencion del público, harto embargada por la política, se fija ahora menos que nunca en las obras de nuestros ingenios, los cuales, ofendidos del injusto desden con que se les trata, dan poca muestra de sí y ocasion á que se sostenga que nuestra literatura está en una decadencia grandísima. Para los que así discurren, viviendo aún los escritores más ilustres que á principios de este reinado empezaron á florecer, no parece sino que la literatura ha de producir cada año, no sólo nuevas obras, sino tambien nuevos autores, so pena de que se la crea muerta ó decaida. Para los que así discurren, García Gutierrez, Zorrilla, Vega y tantos otros, que viven aún, que escriben, y que no han llegado á la vejez, han de considerarse como autores de otra época literaria, y no de la presente. Pero nosotros

tenemos muy diverso modo de discurrir, y no acertamos á marcar épocas diferentes en tan corto tiempo. Para nosotros, no ya García Gutierrez, que es jóven aún, y que debe, en la madurez y complemento de facultades á que ha llegado, prometer más sazonados frutos de su ingenio que los de su juventud, sino Breton de los Herreros y Hartzenbusch, son tan de nuestra edad como el año de 1837, y el duque de Rivas es tan de ahora, como de hace veinte ó treinta años. Dígalo su romance del *Romancero de la guerra de Africa*. Acaso no haya otro que le supere entre cuantos el duque escribió en la que se supone buena época por excelencia.

¿Por qué Vega, por ejemplo, ha de ser un autor de esa otra época á la que se atribuyen todas las glorias, y no ha de serlo de la nuestra ó de una época por venir, cuando salga á luz el *César*, que será sin duda la más perfecta y acabada obra de su vida? A Roca de Togores, á Pastor Diaz y á otros varios que ganaron mucha fama y que brillaron y florecieron en ese período que tanto se pondera para denigrar el presente, ¿se les ha agostado acaso la imaginación y se les ha apagado el fuego del alma, ó escriben, por el contrario, tan bien como antes escribieron, ó mejor, porque al entusiasmo y á la riqueza de la fantasía juntan el saber y la plenitud del juicio y las lecciones de la experiencia? ¿Quién sabe qué obra maestra podrá producir aún cada uno de estos que aventaje y eclipse á cuanto ya escribieron antes? Por este lado no hay, pues, motivo para asegurar que decae la literatura. Ni le habria tampoco, aunque

no apareciesen, como algunos suponen, nuevos ingenios, dignos de reemplazar á los de aquel período: mas á nuestro modo de ver, aparecen, por fortuna, no inferiores ingenios. Si no resplandecen tanto, es porque ó no han llegado aún á su zénit; ó porque pasó ya el natural fervor del público al ver que resucitaba ó renacía, con la libertad, á principios de este reinado, la desmayada literatura; ó porque ahora hay más gente que sepa y que escriba, y se hace, por lo mismo, más difícil conseguir el aplauso y sobresalir entre la turba de escritores.

Nada de esto es síntoma de decadencia: más bien lo es de progreso. La abundancia de escritores puede con todo ocasionar la corrupcion, si la crítica no lo remedia. La mala yerba puede ahogar ó consumir el trigo. Los libros malos y vulgares pueden distraer la atencion del público y hasta disgustarle, hartarle y apartarle de leer los buenos libros.

Para evitar este mal, que ya empieza á hacerse sentir, convendria que se diesen á conocer y que se encomiasen las producciones de mérito que salieran á luz; convendria que la prensa periódica no se mostrase tan indiferente sobre esto, y que consagrarse á la bibliografía y á la crítica una parte de sus columnas con más esmero y detencion que lo ha hecho hasta ahora: lo cual nos mueve á emplear nuestras débiles fuerzas en un fin tan útil, esperando, para bien de las letras, que haya muchos que sigan el mismo camino y que se nos adelanten en él. Para ello, aunque se necesitan buen gusto y algunas *humanidades*, como en otro

10490

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

tiempo se decia, son aún más indispensables la imparcialidad, y sobre todo el desechar ese tono hiperbólico y apasionado que hoy se emplea, y del que resultan censuras y alabanzas igualmente desmedidas y absurdas.

Con este propósito de moderacion y de imparcialidad, aunque no con la doctrina que seria menester, vamos á dar noticia en nuestro periódico de los más recientes trabajos literarios, y tratamos de darla hoy del que lleva por título el que sirve de epigrafe á este escrito.

El nombre del autor de *Los Amantes de Teruel* y de *Doña Mencía* (indudablemente los dos mejores dramas trágicos de nuestra literatura moderna, si no se hubiese escrito el *Don Alvaro*), recomienda ya por sí sola la coleccion de obrillas que queremos recomendar al público, y hace más fácil nuestra tarea. No es el señor Hartzenbusch de esos poetas meramente inspirados, que producen, como por un instinto divino, una obra llena de hermosura, y que luego escriben mal y vulgarmente, cuando la inspiracion los abandona. En el Sr. Hartzenbusch la inspiracion y la reflexion, el juicio y el estro, van siempre unidos y concurren al buen éxito de todos sus trabajos. La inspiracion eleva á veces al Sr. Hartzenbusch á una altura extraordinaria, como acontece en los dos dramas citados: pero cuando la inspiracion no es tan viva, ni tan sublime, el juicio y la discrecion no dejan al poeta, y evitan que se pierda en extravagancias, ó que caiga en lo vulgar y poco digno. Hay, por consiguiente, en las obras del se-

ñor Hartzenbusch algunas que sobresalen entre todas, pero ninguna que no merezca estar con las mejores, ni que desdiga de ellas por completo. Hasta en el más ligero juguete, debido á la pluma del Sr. Hartzenbusch, se ve en cierto modo al autor de *Doña Mencía*. El primor, el entendimiento, el gusto exquisito, y el corazon del Sr. Hartzenbusch, están en cada una de sus obras.

En estas de que vamos á hablar se da testimonio y prueba evidente de lo que decimos.

Los cuentos, ó populares, ó de invencion del señor Hartzenbusch, están narrados con una gracia y una naturalidad admirables, y no destruye la candidez y la frescura del estilo la intencion moral ó filosófica que en cada uno de ellos sabe el autor ocultar discretamente.

*La hermosura por castigo* es, sin duda el más original y fantástico de todos estos cuentos. El pensamiento de dar la vista á un sér hermosísimo para que se admire de cuanto hay de hermoso en el universo, sin que pueda hasta el fin de sus dias verse y admirarse á sí propio, es de suma novedad y extrañeza. La idea de que lo vea todo en el espejo, menos su propia imágen, está en algunos cuentos alemanes; pero en el cuento español no es esta idea sino una consecuencia de otra más grande y original. El que este sér, que ni se ve ni se conoce, sea una bellissima princesa; el que su desgracia nazca de la admiracion que inspira, y que no puede compartir, y del tormento de la curiosidad; el que logre verse hácia el fin de sus años en todos los sucesi-

vos estados de su existencia, que se van rápidamente presentando en un espejo, y el que todos ignorasen el misterio de que la princesa se desconocía, son circunstancias que dan al cuento un carácter prodigioso y simbólico, que excita la imaginación y que mueve el entendimiento á perderse en ensueños poéticos. Los tan celebrados cuentos de Hoffman no tienen más atractivo que este cuento, el cual está contado además con aquella magia de estilo con que cuentan Andersen y Musaus, y con que logran hacer *estéticamente* verosímil lo que en realidad no lo es ni puede serlo.

El Sr. Hartzenbusch ha mezclado en otros cuentos, como en el de *La Novia de oro*, con la propia inspiración y con las creaciones de su fantasía, lo imaginado en época remota por el pueblo y conservado por la tradición. La musa popular, aquella diosa que, como dice el antiquísimo poeta Hesiodo, no muere nunca, sino que vive y vuela siempre sobre la elocuente boca de los pueblos, ha concurrido también con el arte y el propio ingenio del poeta á dar más amenidad á su libro. *La Novia de oro* es probablemente una conseja ó cuento vulgar. La idea de la novia pequeñita, ligera, aérea casi, que se convierte en oro en cuanto la toman áuestas sus amantes y los aplasta á todos con su peso, es un *decir*, es un cuento del vulgo, admirablemente referido por el Sr. Hartzenbusch en lenguaje del siglo xv.

*La Reina sin nombre* es también un cuento muy ingenioso y el más largo de la colección. Tiene toda la traza de una novela histórica, y, sin embargo, nada hay de histórico en el hecho mismo, que da asunto á la no-

vela. Lo histórico está en la pintura exactísima de la condición social de los españoles y de los visigodos, de sus usos y costumbres, de sus pensamientos y sentimientos en tiempo de los reyes Chindasvinto y Recesvinto; en la cual pintura se descubre la paciencia y el saber del erudito y del historiador, dichosamente unidos con la inventiva del novelista y del poeta. La causa de la ley que funde al cabo las razas de los vencedores y de los vencidos, de los godos y de los españoles romanos, está poéticamente ideada. El interés particular que inspiran los personajes supuestos de la novela, está enlazado magistralmente con el más general interés que inspira un hecho histórico de tanta trascendencia. *La Reina sin nombre* es más que cuento; es una linda novela histórica, es un *Ivanhoe* en miniatura. Así infundiese en algún Thierry español el deseo de escribir la historia de la dominación visigótica en España, y de explicar cómo al fin se mezclaron y asimilaron las razas diferentes que vivían en la Península, empezando á formar, aún antes de la venida de los árabes, una sola nación.

*Miriam la trasquilada* nos parece la obrilla más perfecta por el estilo que hay en toda la colección. Es una leyenda bíblica, donde la expresión, la majestad y la sencillez de los libros santos están imitados tan bien, cuanto es posible á un hombre imitarlos. Si pudiéramos prescindir del espíritu superior que falta y tiene que faltar en esta obrilla de mera invención humana, nos parecería un fragmento arrancado del libro de Josué.

Los demás cuentos en prosa son también de muy apa-

cible lectura, aunque no tan buenos como los ya celebrados. El que menos nos agrada es *La Locura contagiosa*. Será, si se quiere, una tradicion; pero es una tradicion que tiene algo de pueril. Es falso suponer, por tonta que supongamos á la hermanastra de Cervantes, que le tuviese ella muy seriamente por loco cuando estaba escribiendo el *Quijote*. Pues qué, ¿no habia de comprender que cuando él se encerraba y escribia, y se reia escribiendo, era porque componia alguna novela, poema ó sátira festiva?

Las fábulas que dan tambien título á esta coleccion y forman parte de ella, aunque menos importante que los cuentos, son en número de cincuenta. Pocas son las imitadas ó traducidas del francés ó del alemán; las más son originales; pero aunque tengan este mérito, se ha de confesar que no se igualan en otros á las de Samaniego, con ser imitadas las más de ellas de Esopo, de Fedro, de LaFontaine, de Gay y de otros fabulistas. Las mismas cien fábulas, publicadas ya en diversa ocasion por el Sr. Hartzenbusch, son muy superiores á las que ahora publica. Todas ellas, sin embargo, están lindamente versificadas y escritas en un lenguaje natural y castizo; pero debemos repetir que no llegan ó llegan rara vez á recordar aquella viveza descriptiva de las de Samaniego, ó aquella agudeza verdaderamente ática de las de Iriarte, las cuales es más que probable que queden siempre como el más bello modelo castellano de este género de literatura. En lo que nos parece, con todo, que se adelanta á veces á aquellos clásicos el señor Hartzenbusch, es en la profundidad de la morale-

ja, en la concision con que está expresada, y en la más honda impresion que hace en el ánimo de los lectores. Nuestro siglo es más sério y reflexivo que el siglo pasado.

El Sr. Hartzenbusch ha incluido además, en la coleccion de que hablamos, una comedia de niños ó para niños. La comedia está dividida en dos actos, y tiene por título *El niño desobediente*. En esta obrilla prueba el Sr. Hartzenbusch su ingenio y disposicion para este género de literatura, tan poco y tan inhábilmente cultivado en España; género, por cierto, más difícil y más importante de lo que el vulgo cree, y que en otras naciones ha producido y produce frutos ricos y deleitosos y hasta libros clásicos, que han logrado y logran fama imperecedera, como el *Gulliver* de Swift, los *Cuentos* de Perrault, los de Andersen, los varios *Robinsones*, uno de ellos tan admirablemente traducido por el ya citado Iriarte, y otras novelas é historias de la misma laya, que suelen leer los hombres con no menos gusto que los niños, y que aficiona á estos desde pequeñuelos á la lectura y los lleva á formar una biblioteca infantil; pues bien se puede afirmar que un niño aficionado en Francia á esta clase de libros, halla bastantes para formar una biblioteca de un par de cientos de volúmenes. En España no leen los grandes, con que menos leerán los niños; de lo contrario, nos atreveriamos á aconsejar al Sr. Hartzenbusch, ya que nos parece el más á propósito para llevar á cabo esta empresa, que escribiese y publicase en castellano una coleccion de cuentos como los de Andersen.

Incluye, por último, el Sr. Hartzenbusch en su colección setenta anécdotas y rasgos históricos, sacados de un manuscrito del siglo pasado, y que nos parecen muy entretenidos y curiosos.

Esperamos que el público haga justicia á esta nueva publicación, cuya amenidad hemos encarecido como se debe.

La edición no tiene estampas ni viñetas y dista bastante de aquel primor con que estos librillos suelen imprimirse en Francia, Alemania é Inglaterra; pero no es muy mala para lo que aquí generalmente se hace en el día.

BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES ANTIGUOS ESPAÑOLES, QUE ESCRIBIERON EN LENGUA LATINA Y ÁRABE DESDE LA DOMINACION ROMANA HASTA EL SIGLO XIV DE NUESTRA ERA. PUBLÍCASE BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS GARCÍA SANZ, ETC.

La grande y patriótica empresa que acomete el señor Sanz, y de cuya utilidad é importancia no puede menos de concebirse una idea muy alta con sólo leer el epígrafe que antecede, es una de aquellas que há menester más del favor del público para que tenga dichoso término. Los gastos serán considerables y la fatiga mucha para que pueda hacerse y sufrirse sin esperanza de remuneracion. Nosotros, pues, en cuanto alcancen nuestras débiles fuerzas, nos creemos en el deber de persuadir á nuestros lectores de la excelencia de la nueva publicación, y de inclinarlos á que á ella se suscriban. Por amor á la patria, cuando no por amor á la ciencia, debieran hacerlo. La biblioteca del Sr. Sanz será el complemento, ó mejor dicho, el antecedente ó prefacio de la que publica el Sr. D. Manuel Rivadeneyra, y ambas formarán juntas un hermoso mo-